

El Presidente Aguirre Cerda tuvo un feliz acierto al promover la celebración periódica del natalicio de O. Higgins.

El culto de los héroes, de que habló Carlyle, es para los pueblos como una fuente de luz/viva que alumbra sus destinos y a la cual necesitan acercarse para no sentir la sensación penosa de estar huérfanos de todo pasado y solitarios en la inmensa oscuridad del tiempo. Chile, por desgracia, parecía haberlo olvidado, y sólo muy lentamente está despertando de su indolencia.

Un pueblo, como un hombre, no puede vivir con los ojos puestos sólo en el presente; si quiere que su vida tenga algún valor debe ponerla a una empresa cuya realización ubique en el futuro y cuyo sentido descubra en el fondo de sí mismo, mediante el examen de sus más íntimos impulsos y de su genuina tradición.

En el culto de sus héroes, de sus grandes hombres, puede hallar toda nación los ~~mejores~~ estímulos más poderosos para perdurar y rejuvenecer.

O Higgins es nuestro héroe máximo, el héroe chileno por excelencia. No se disminuye el mérito de otros de nuestros hombres ilustres cuando se afirma esta verdad.

Hoy día, cuando se quieren hacer sonar una vez más las clarinadas del patriotismo, la figura de O Higgins adquiere ~~mayor~~ mejor que nunca los caracteres de una auténtica enseñanza. Su vida nos ~~enseña~~ ~~xxx~~ demuestra que el verdadero amor a la patria no es únicamente una virtud guerrera, sino más bien una abnegación sin límites, puesta siempre, en toda circunstancia, al servicio de los ~~más~~ altos intereses colectivos de la Nación.

¡Nadie tan patriota como él! Pero no era el suyo un patriotismo de esos que hacen alardes oratorios y van pregonándose a todos los vientos. Su amor a Chile fué de aquellos que se expresan con obras y no con palabras. Fué el único amor conocido de su vida, y a él se consagró por entero, sin pedir en cambio nada.

Ni genio ni talento extraordinario, O Higgins, juzgado desde el punto de vista intelectual, era un hombre corriente. Pero ¡cuánta nobleza encerraba su alma! ¡qué fuente ~~de~~ inagotable de valor era su espíritu! ¡de qué grandes y generosas pasiones reía capaz su corazón!

Su lema "O vivir con honor o morir con gloria" no era solo una arenga de soldado para ser pronunciada en las batallas; era el signo de una vocación ideal e imperativa a la que sujetó siempre su conducta. En él se mezclan la hidalguía pletórica de orgullo y ambición del caballero castellano y la altivez indomable del cacique de Arauco; bien podía ser ése el lema de nuestro Chile.

O Higgins fué valiente como nadie allí donde la patria le pidió valentía: en los campos de batalla y en otras difíciles circunstancias. Fué prudente y activo allí donde Chile le exigió estas virtudes: ~~en las tareas del gobierno~~. Y cuando llegó el momento duro de callar y sufrir, supo mantenerse digno y silencioso, abandonar lo que por sí mismo había conquistado y soportar estoicamente su injusto ostracismo. Siempre y en todo lugar fué desinteresado como ningún otro, idealista apasionado y audaz, sobrio en su modo de vivir, abnegado y leal. La entereza de O Higgins es el más grande ejemplo que la historia de Chile ofrece a nuestros hombres públicos de todos los tiempos.

De todo ésto emana la cálida admiración y simpatía que despierta su personalidad. A través de los años, la figura de O Higgins crece y crece en proporciones históricas, y sin embargo, para el pueblo de Chile sigue y seguirá siendo siempre "don Bernardo"; hé aquí un milagro que no todos los héroes consiguen. Y es que de todas las bellezas no hay ninguna que penetre tan hondo y conmueva tan sinceramente como la belleza moral, la de las potencias del alma, de la grandeza del espíritu, de la virtud y del bien, y O Higgins es ejemplo sencillo e inmaculado de tan altísima belleza.

P. A. A.

La Higuera, 20 / Agosto / 1942